

Panel decorativo realizado con la técnica de la incrustación. Palacio del Generalife. Granada.



Panel decorativo del Patio del Descabalgamiento

Con la finalidad de ornamentar, pero también de proteger la arquitectura de la humedad y del roce, el alicatado nazarí alcanzó una gran profusión y refinamiento, tanto en zócalos de paramentos, como en solerías de habitaciones, siendo éste último fin menos conocido, dado que la mayoría de los trabajos no han llegado a nuestros días por el desgaste sufrido. Sin embargo, a pesar de las distintas variantes decorativas usadas, el alicatado se utilizó exclusivamente para representar temas de desarrollo geométrico. La introducción en la cerámica arquitectónica de composiciones vegetales y epigráficas se realizó a través de otras técnicas como la de la incrustación.



Detalle del panel

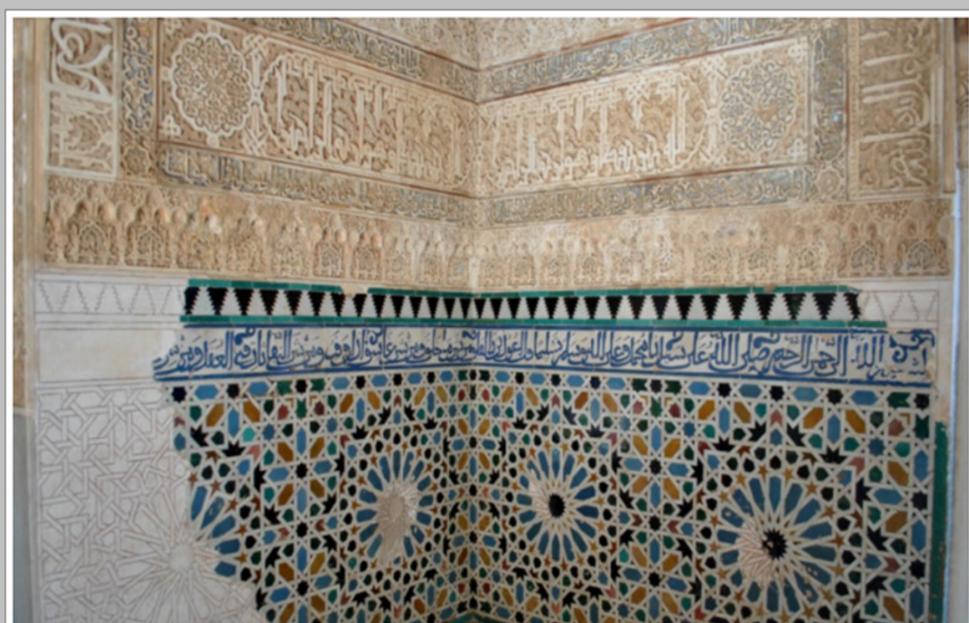
La técnica de la incrustación, ha sido documentada, hasta la fecha, solamente en la Alhambra de Granada y en algunas madrazas meriníes de Marruecos. Grosso modo consiste en tallar un azulejo vidriado monocromo en el que se incrustan piezas de otro color. Esta técnica fue descrita por primera vez en la Alhambra por Jesús Bermúdez Pareja en el S.XX, al analizar la decoración embutida del friso epigráfico del baño árabe del exconvento de San Francisco, pero no será hasta los estudios de Purificación Marinetto Sánchez cuando sea analizada con detalle.

Hasta entonces, los ejemplares existentes en la Alhambra habían sido singularizados en la bibliografía como alicatados de gran belleza y calidad técnica, y es que en ocasiones, la identificación in situ de esta técnica reviste gran dificultad, siendo necesario un análisis exhaustivo que permita vislumbrar determinados detalles que la diferencian del alicatado.



En comparación con el alicatado, la incrustación permitía obtener una decoración más libre desde el punto de vista de la variabilidad ornamental, lo cual permitió introducir en dicho alicatado motivos no geométricos - vegetales o epigráficos. El efecto ornamental quedaba enfatizado por el contraste cromático, destacando el predominio de la gama fría (verde, azul, blanco y negro), aunque nunca con combinaciones de más de tres colores.

La técnica se documenta únicamente en el arte nazarí y meriní y su origen se sitúa en torno a finales del siglo XIII, siendo el siglo XIV el momento de máxima profusión y apogeo. Su supervivencia, al menos en la Península Ibérica, no se ha detectado más allá del siglo XV.



Friso de epigrafía del zócalo de la Torre de la Cautiva de la Alhambra

El proceso técnico consistía en tallar con gran precisión y destreza, sobre una placa de cerámica vidriada monocroma, la composición decorativa deseada, sin llegar a calar el azulejo. Una vez tallado el tema decorativo, en ocasiones la placa-base era cortada en piezas menores que facilitarían su manipulación y aplicación al paramento. Adheridas los azulejos-base al paramento, la talla e incrustación de los fondos decorativos se efectuaba in situ. Las distintas piezas se obtenían de una placa cerámica de diferente color y menor grosor, e iban encajándose en los espacios ahuecados, rellenando los fondos. Para su correcto ensamble, se abiselaban y desportillaban los bordes del reverso y se adherían con mortero. Toda esta labor reviste una gran dificultad porque exige tallar cada pieza a mano y encajarla en el lugar correcto, intentando asegurar, aunque no siempre se conseguía, un correcto encaje y nivelación de las uniones.



Detalle de una epigrafía realizada en incrustación. Museo de la Alhambra. Las faltas de materiales nos hacen visualizar mejor esta técnica de alicatado.

La pieza que hoy protagoniza esta sección se encuentra en el palacio del Generalife, sobre la puerta que da acceso al mismo desde el llamado Patio del Descabalgamiento. El Generalife fue construido en época de Muḥammad II. Parece que Muḥammad III introdujo reformas que, hacia 1319, renovarían Ismail I.

En el dintel de esta puerta encontramos la pieza que consiste en una composición realizada mediante la técnica de la incrustación. Enmarcada por cintas de color verde, destacan los azules, por otro lado, decoración de sebka negra y motivo floral verde incrustado en un azulejo tallado de color blanco. En el eje del dintel se ven los restos de una llave que, aunque muy deteriorada, conserva el ápice superior, combinándose de nuevo piezas negras y verdes incrustadas sobre fondo blanco.

Extractado de "La incrustación en la cerámica arquitectónica". Paula Sánchez Gómez, Manuel Pérez Asensio y Ramón Rubio Domene.

Fotografías: Autores del estudio y Antonio Entrena Aznarte.